

Un amor del año 2000

MARIO ENRIQUE FIGUEROA

Al salir de la sucursal bancaria recompose el rostro de la mujer tras el escritorio con la plaquita Servicio a Clientes: la sonrisa de Sandra Bustamante era, desde luego, profesional, amable, pero también prometía.

Mientras verificaba algunos datos en la pantalla de su computadora, le asigné —pocos más, pocos menos— cuarenta años. Firmé el recibo que me extendió ampliando la sonrisa y recogí mi dotación de cheques a las nueve de esa mañana de miércoles primaveral.

El viernes siguiente, bebiendo con ella una copa en el Sanborns cercano a su oficina, estimé que, según la luz y la escenografía del lugar, rebasaba esos cuarenta o apenas se aproximaba a ellos.

Y la medida confesional de las primeras entrevistas nos permitió saber que Sandra era madre soltera desde hacía trece años y no soportaba mucho tiempo las exigencias de los hombres; que yo me había divorciado dos veces, separado una y tenía un hijo de quince del primer matrimonio, con el que me llevaba tolerable, distanciamiento bien.

Por supuesto, en nuevos encuentros fuimos agregando detalles y anécdotas a las cartas biográficas puestas sobre la mesa del bar. En realidad, Sandra practicaba la sobrevivencia cotidiana para satisfacer las necesidades propias y de su vástago; yo buscaba no disminuir demasiado mi cuenta bancaria para evitar sobresaltos, mediante las declaraciones de impuestos confiadas a mí por varios conocidos.

Las prefiero solteras y sin hijos, porque su presencia —sobre todo si son pequeños y los conozco— termina por embarazar mis relaciones con ellas. Un resabio edípico debe haber en el asunto. Y aunque al de Sandra no lo conocí, me

hablaba de él, me mostraba fotografías en decurso cronológico, hasta llegar a rostros recientes donde la adolescencia adelantaba estigmas y engreimientos, retos y acopio de rencores aún nuevos: esas expresiones que nos emparentan conforme vamos dejando de ser niños.

Sabedor de esa incómoda injerencia que tarde o temprano arredra mis apetitos, me apresuré a estar con el cuerpo de Sandra. Tras las copas imprescindibles del tercer, cuarto encuentro, se dejó conducir sin demasiadas prevenciones al motel de mi preferencia.



nables de los cuerpos donde mi lengua se mantuvo activa propiciando salinas compulsiones y mi miembro exigió penetrar entre dos muslos totalmente erguidos, abiertos.

También hubo, esa noche y otras, más juegos, diferentes buscas y afinidades que confirmaron esa renovación. Sin forzados para siempre, recibimos nuestra parte de la insobornable vigencia sexual del ahora, aquí.

Toda capilla tiene su fiestecita. Hay que disfrutarla. Porque las rémoras cotidianas nos jalonan la vida hasta aniquilarla. Esas contingencias de los presupuestos personales insuficientes que sin misericordia carcomen los fugaces paraísos. Pero lo bailado nadie lo quita, como dice el refrán. Y entonces llega el momento de ser solidarios con los y las menos favorecidas por los pesos y centavos que a diario deben exhibirse.

Cuando llenaba formularios con ingresos arduamente menoscabados y deducibles inflados por todos los medios, comprendía el vilipendio que padecemos los contribuyentes. El cuánto tienes, cuánto vales se revelaba en toda su crudeza para reflejarse en quienes dependen de nosotros. Como los hijos que teníamos Sandra y yo.

Hacia el mío fluían regulares e imprevistas cantidades. Había que equilibrar en parte la situación del de Sandra. Discos, aparatos reproductores, ropa, cines, parques de diversiones. Sin olvidar, por supuesto, lo que a ella correspondía.

Y en diciembre la marea de la felicidad consumidora menoscabó notablemente mis fondos.

Transcurrieron varios meses. Luego, de modo casi imperceptible, un año. Volvíamos a incursionar en la canícula

Sólo para reafirmar la mutua disposición, ordené otro par de cubas. Las bebimos pausadamente en un sofá con nuestros cuerpos en tendente cercanía, mi brazo izquierdo rodeando sus hombros.

La minifalda, las piernas cruzadas, el escote de la blusa. La corbata floja, el miembro creciendo, una mano mímica acompañando palabras relajantes ajenas a la situación. Reincidentes fogueados bajo la luz de una lámpara de pie, bebíamos y dejábamos los vasos en la pequeña mesa frente a nosotros.

Ella reclinó la cabeza, miró el techo. Su expresión —quizá condolidada nostálgica— repasaba íntimas analogías. Torcí el cuello para besar su mejilla, dejar caer en su oreja leves obscenidades, cuidando que la punta de mi lengua rozara lóbulos y sinuosidades, reprodujera diminutas borrascas.

En cuanto a mí, logré apartarme sin esfuerzo de pasados regodeos sensibles. Fiel a mi creencia de que la inicial promiscuidad de los cuerpos debe ser virginal, busqué y creí encontrar en el de Sandra hallazgos inéditos. Nuca, hombros, senos, en moroso recorrido, aportaron inauditas sensaciones.

Ya que la piel de los humanos se renueva incesante, poco a poco fueron apareciendo porciones asombradas de las nuestras, que terminaron por delinear dos cálidas desnudeces regalando y acogiendo propuestas en tránsito hacia la cama: ella con mi sexo en una mano, yo con otra en sus nalgas.

No puedo decir que hubiera un repaso exhaustivo del catálogo posicional que recomiendan los tratados eróticos. Sí predilecciones murmuradas, apetencias indecli-

la de abril. Los aguaceros de mayo refrescaron un poco. Y en junio un congestionamiento de tránsito bajo un diluvio me atrapó en un paso a desnivel. Marejadas putrefactas anegaron varios autos, incluido el mío. Los gastos en reparaciones casi secaron mi cuenta bancaria.

Los focos rojos se encendieron. De súbito me encontré al margen de la consigna el que paga manda. Sandra y yo nos convertimos en amantes pobres, que consultaban bolso y bolsillos antes de beber dos copas estrictas o un café.

Renunciamos al motel y refugiados en mi apartamento los días perentorios, comenzamos a hacer vida casi marital. Lo que los restaurantes nos prodigaban en bebidas y comidas fue sustituido por la necesidad de proveer lo indispensable para tratar de pasarla bien. Y esto último lastró con las inevitables minucias de la convivencia nuestras urgencias sexuales.

A veces —en mi escritorio o bajo la regadera— resurgían destellos del ahora, aquí, esperando la vuelta de tiempos mejores. Se retrasaron. No tuve que decírselo, porque su computadora en la oficina la mantenía al tanto de la muy lenta recuperación.

No puedo negar que me tuvo paciencia y que al final no fui honesto con ella. Algo influyó la progresiva, ya dilatada apreciación en su cuerpo de adiposidades y celulitis, que yo había obviado empeñoso hasta esos últimos meses. Indicios que de paso restituyeron a mi propia imagen en el espejo arrugas y lonjas.

Porque Sandra dormía conmigo en ciertas ocasiones. Como esa mañana de domingo otoñal en que, aprovechando una excursión escolar de su hijo, despertó a mi lado. Me hizo recordar el día que nos conocimos. Los rebasados en definitiva cuarenta reposaban prendidos aún del sueño. Pensé que sería difícil recuperar sus apenumbados treinta y tantos, cuando en algún bar me miraba intencionada sobre la copa que sostenía con ambas manos cerca de su boca.

Así llegamos al cabo de nuestra relación, los rostros de nuevo enfrentados, pero sobre la almohada. Limpié con la sábana el hilo de baba que le escurría por la comisura de los labios. Los besé atraído sin remedio por el rostro abotagado y sin maquillaje. Sandra levantó un momento las pestañas —sólo un parpadeo— y fue aceptando mis caricias. Adormilada cedió su cuerpo a mi despedida. El re-



frán viejos los cerros y reverdecen estimuló mi penetración, acompañada por los plácidos rumores de la mañana de asueto.

Después reculé otra vez calculador. Mis llamadas a Sandra se espaciaron, se redujeron en el curso de los días siguientes. Entre amantes que han corrido la legua no son indispensables los adioses contritos. Nos veíamos ya muy poco la mañana en que me atendió un joven solícito porque ella, Sandra Bustamante, tenía enfrente a un cliente de nuca y hombros demasiado semejantes a los míos.

Nos saludamos de lejos con un amistoso, reconocido movimiento de mano. El joven servicial, Andrés Montesinos, me condujo a la ventanilla donde me entregaron mi nueva tarjeta de crédito. Me volví a mirar el rostro de Sandra junto al nuevo y milenarismo árbol navideño. Le sonreía al hombre, sí, como a mí aquella lejana mañana de miércoles primaverales.

Para entonces, el grueso de mis entradas era jineteado por otra institución bancaria. ♦